

do, y estaban poco guarnecidas, sin pensar que por allí pudieran ser invadidas; y entrando por el territorio de Ecatepec, saqueó varias poblaciones, quemándolas y destruyéndolas; volviendo sus tropas cargadas de despojos.

En una y otra parte pelearon bizarramente los imperiales, y se señalaron muchos valientes capitanes y soldados así nobles como plebeyos; pero fué singularmente aplaudida la conducta y valor del general Cihuachnahuacatzin, así en las disposiciones y preparativos que precedieron á la guerra, como en las acertadas órdenes al tiempo de los ataques, y en la vigilancia y prontitud con que acudiendo á todas partes ejecutaba su brazo lo que su voz mandaba, siendo su ejemplo el mas poderoso estímulo á su tropa, y atribuyéndosele por eso con justa razon la mayor parte de este triunfo.

CAPITULO XXXIII.

Determina el emperador entrar con un poderoso ejército por las tierras de los enemigos; y despues de ganadas varias poblaciones importantes, y vencido en varios reencuentros, se pone sobre la corte de Azcapuzalco, la que al cabo de cuatro meses de sitio se rinde, y su rey pide paces, entregándose al arbitrio del vencedor, que le perdona generosamente, y le restituye á él y á sus aliados todas sus tierras. Disgusta tanta benignidad á los príncipes aliados del imperio, y muchos de ellos resuelven separarse del emperador.

Era ya el año de dos pedernales, que corresponden al de 1416, y hallándose el emperador con un ejér-

cito pujante y victorioso, saboreado con los felices sucesos que habia logrado, le aconsejaban los príncipes sus aliados, y sus generales que no perdiese tan oportuna ocasion de dar fin á la guerra, entrando á fuego y sangre por las tierras de sus enemigos, hasta rendirlos y sujetarlos á la debida obediencia: mas el benignísimo príncipe que habia heredado de sus mayores la singular prenda de la clemencia, y el amor á sus súbditos, no pudo resolverse á seguir este dictámen, esperando que los rebeldes á vista de tan repetidos golpes desistiesen de su tenaz capricho, y se sujetasen al suave yugo de su imperio.

Los reyes de Méjico y Tlatelolco, si obraran por sí solos, lo hubieran ejecutado así; pero el de Azcapuzalco estaba muy léjos del escarmiento, y poseido de su ambicioso deseo, los golpes que recibia en vez de humillar su orgullo irritaban su soberbia: y así, aunque le causó notable pena la pérdida que acababa de experimentar, determinó seguir su proyecto, y para lograr mas feliz éxito resolvió hacer todos sus esfuerzos para ganar á su partido á Quezatlcoixtli, que acababa de heredar el señorío de Octopam por muerte de su padre Quauhquetzaltzin, y al señor de Chalco, haciéndoles partidos muy ventajosos, porque estando los estados del primero en los confines del reino de Tezcoco por la banda del Norte, y los de el segundo por la del Sur, y siendo señores poderosos que podian poner en campaña numerosos ejércitos, entrasen á un tiempo por ambas partes, mientras él lo ejecutaba por el Poniente, que era la parte de la laguna, con sus tropas, y las de los mejicanos y tlatelolcas.

Se dieron tan buena maña los emisarios que des-